

Los ojos que Elena Poniatowska tiene escondidos

Elena carga a México como a un bebé, lo talquea, lo aceita, lo perfuma, le golpetea la espalda para que eructe lo que no sirve (ese es un momento realmente vomitivo). Luego mira de frente para observar su crecimiento. Lo medicina porque detesta la enfermedad de la mentira hecha de poder y vanidad.

En su casa casi no hay espejos. Le basta con cerrar los ojos y reflejar su espíritu en la pantalla de la computadora. Elena vive como los topos porque para entrar a su estudio hay que escarbar libros, revistas; hay que registrar papelitos y hacer nuestro papelito sacudiendo letras. Hay que entrar como astronauta, con los pasos medidos, lentos y volátiles para saltar hasta el techo y tratar de localizarla. Allá por donde se oye un "bip" y se ven puntos verdes está Elena escribiendo con la velocidad de la luz. Escribe desde que se acuerda, pero luego no se acuerda de nada; se le pierden las neuronas y luego se oyen golpes fuertes, la casa vibra y es que Elena está tirando cosas para encontrar su existencia. Le pasan las cosas más inesperadas. Habla como escribe, escribe como vive, vive como siente y siente que lo vive.

Con su sonrisa y su paso seguro, Elena camina con una canasta de letras que va regando por su camino compartido. Ella lo comparte todo. Una vez Alicia Trueba me platicó que estando en casa de Elena, Felipe salió con un Toledo para regalárselo, y ella no lo quería aceptar y Elena dijo: "Acéptalo Licha, que mi hijo debe aprender a desprenderse de las cosas que ama, por las personas a las que ama."

Elena, tengo meses persiguiéndote para una entrevista...

Mira Adelita, si te consuela saber, yo tengo muchas crisis; atiando muchas cosas a la vez. Siento que nunca tomo las cosas con tranquilidad. Hay gente que escribe infinitamente mejor que yo y que sin embargo se la vive más tranquila y más organizada mental y emocionalmente. Siento que soy una persona desequilibrada. Tengo un gran sentimiento de culpabilidad; antes era con mis hijos; ahora es con mi nieto porque pienso que soy una abuela horrible, malísima, soy una bruja porque lo veo muy poco. Mucha de mi vida afectiva se resiente por ese desequilibrio emocional.

Pero es que tu profesión te comprometió ¿no?

Sí, pero podría organizarme como lo hace, por ejemplo, la Puga, quien desde un principio decidió que como iba a ser escritora sacrificaría una vida emocional, como el hacerse cargo de hijos. No tiene a nadie que dependa de ella más que su relación de pareja que va muy bien. Ella no tiene otra cosa más que su absoluta libertad. En cambio yo me siento muy mala mamá; nunca se me va a olvidar que de chiquito le encargaron a Felipe un dibujo de su mamá y dibujó una mesita chiquita de patas muy flaquitas y encima una máquina. Para Felipe su mamá era una máquina... pero mejor ni le rasquemos ahí porque me voy a quedar tan cuadriculada como un waffle. Pero es que para mí escribir es mi manera de vivir. Si por ejemplo ahorita quedara ciega o me cortaran las dos manos o quedara tullida, sería muy difícil seguir viviendo porque toda mi vida la

he construido alrededor de la escritura.

Primero que nada escribo, luego atiando a mis hijos, atiando a mi madre, atiando a mis seres queridos. Tal vez la escritura sea para mí como una terapia.

¿Disfrutas al escribir?

No. Me pongo muy tensa, muy nerviosa. Disfruto la última pasada en limpio porque es cuando le vas acomodando cosas, pero luego hay días que escribes mucho mejor que otros y dices "¡Ay! ¡qué buena soy! ¡qué padre!" y el día se te resbala con esa idea maravillosa, pero al día siguiente, cuando lees lo que escribiste y te das cuenta que es una porquería, te deprimas. Yo me deprimó a cada rato.

¿Qué pensabas cuando escribiste Lilus Kikus? ¿te deprimías?

Con *Lilus Kikus* ni siquiera ligué que estaba haciendo un libro. Nada más me estaba gustando y me divertía hacerlo. Nomás decía "Y ahora qué pongo, y ahora qué más pongo..." pero nunca pensé que se fuera a publicar.

¿Y ahora cómo lo ves?

Simpático. Está chistosito. Hay escritores que reniegan de sus primeros libros porque se sienten muy chichos, se sienten muy superiores, pero pienso que aunque con el tiempo cambiemos un poco, somos en esencia lo que somos desde chiquitos ¿no crees Adelita?

¿Cómo fue que dejaste de ser religiosa si creciste en un medio muy católico?

Bueno, yo fui muy religiosa como hasta los 23 años, justo cuando empecé a leer, como si fuera pecado mortal, libros de la talla de *La historia de las religiones* de Salomón Reinach. Me asombró ver que en todas las religiones del mundo había una virgen y todas tenían un hijo sin pecado concebido. Buda tenía a su madre que era una virgen; Cristo tenía a su madre que era una virgen. Me di cuenta que se repetían cosas en las religiones, pero siempre leí todo eso con muchísimo sentido de culpa.

Después influyeron en mí personas anticlericales. Todas esas crisis de religión que tienes a cierta edad yo las empecé a tener muy tarde. Las tuve cuando me casé con Guillermo Haro que era anticatólico. Decía que las religiones eran unas pamplinas. Ahora que te voy a decir que yo no siento la necesidad de ir a misa, aunque de vez en cuando paso a la iglesia, me hinco y me persigno, pero fijate que por el lado sentimental me costó trabajo romper con esas creencias porque sentía que hería a mi mamá; por eso toda la vida la he acompañado a misa. En un principio, si ella quería ir a misa yo la acompañaba pero me llevaba un libro para leer.

¿Leías en misa, Elena?

Sí, pero luego luego me distraía con ver cómo reza la gente, cómo se da golpes de pecho, cómo la señora moquea en su rebozo, en fin.

Oye, ¿y para romper con las ideas políticas de tu familia?

Bueno, eso creo que estuvo muy ligado al periodismo. Fue algo que se dio poco a poco porque tuve mucho acercamiento con la gente que me interesaba, con la gente que no se parecía a la de mi medio social que repetía muchos patrones de conducta; como que todos están muy cerrados bajo una cúpula de cristal. En cambio me interesaban otros medios sociales. En el 58 iba mucho a Le-cumberri a sacar relatos de las vidas de los presos como Demetrio Vallejo, un líder ferrocarrilero que paralizó a todo el país.

¿Por qué a Fuerte es el silencio le persiste así?

Porque yo veía que toda la gente con quien platicaba era aquella que jamás tendría acceso a los periódicos. Era muy difícil que pudieran protestar porque no tenían acceso a ninguno de los servicios del país. Era la gente más abandonada, pero a pesar de todo, su voz era muy fuerte.

Paula dice que como cronista resultas revolucionaria por ser la primera mujer...

Bueno, las hijas qué no dicen de las mamás... No creo haber sido la primera.

¿Y en literatura, Elena? ¿Cuál es tu posición como escritora en la literatura mexicana?

Los críticos siempre me han calificado como periodista. Hay un libro de una crítica francesa que se llama Fabienne Bradu en el que analiza la obra de Julieta Campos y de Inés Arredondo, entre otras, y a mí jamás me incluyó porque dijo que consideraba que ni Cristina Pacheco ni yo éramos escritoras; que éramos reporteras, algo así como una infraestructura de la literatura, es decir, las que recogíamos el material para los creadores.

¿Te preocupan esas afirmaciones?

En parte, desde el momento en que te lo estoy contando, pero no demasiado porque estoy tan metida en lo que hago y soy tan incapaz de dejar de hacerlo que eso pasa a segundo lugar.

Sí, y ya ves que con Hasta no verte Jesús mío se te ha criticado de que sólo te subiste a la azotea para grabar un testimonio ajeno y convertirlo luego en literatura.

Sí, pero esa es la voz de una mujer que quiso permanecer escondida; no quiso que se publicara su nombre, pero ella me platicó su vida, no me la dictó. Yo la





Portillo, quien después dijo que siempre no: que si se iban a hacer dos películas sobre putas, entre una puta italiana y una puta mexicana, escogía a la mexicana que era Antonieta Rivas Mercado. Entonces yo me seguí con la investigación.

Oye Elena, en *La flor de liz Mariana habla de su papá vestido de militar ¿verdad?*

Sí, ¿por qué?

Porque esa novela se basa en experiencias personales ¿no?

Sí, esa y *Querido Diego te abraza Quiela*.

¿Por qué *Querido Diego te abraza Quiela?* ¿te identificas con Angelina Beloff?

Me identifico con el abandono, pero no siento parecerme en nada a ella mas las cartas que están ahí son las que le hubiera querido escribir a Guillermo Haro. Sólo la anécdota está basada en un libro de Bertrand Wolfe que se llama *La fabulosa vida de Diego Rivera*.

¿Es cierto que *La flor de liz* la escribiste a partir de un momento de crisis?

No es cierto, ¡Ay Adelita quién te cuenta todas esas barbaridades! Escribí toda la parte del sacerdote en 1957 para la beca del Centro Mexicano de Escritores, y la primera parte la escribí justamente para salir de lo terrible que me estaba resultando pasar en limpio a la computadora el libro del temblor *Nada nadie* que hicimos entre Alicia Trueba, Fidela Cabrera, Rosita Nissan, Beatriz Graf, Marisol Martín del Campo, Yolanda Serratos, Elena Alonso, Juan Antonio Ascensio, Silvia Reyna, Francisco Durán, Miguel Cházaro, Antonio Lazcano, Helga Herrera, Clara Arnús, Gloria Alonso, Olga de Juambelz, Esmeralda Loyden, Concha Creel, Marie-Pierre Toll y yo. Para tener un poco de respiro, de lo afectadísimos que estábamos, me puse a escribir las primeras 170 páginas de *La flor de liz*.

Y la segunda parte, donde sale el Padre Teufel, ¿tiene que ver con el conflicto que tuviste cuando dejaste de ser religiosa?

Sí tiene que ver, pero es una novela y naturalmente está exagerada. No creo que ningún sacerdote se vaya al Popo a decirle a toda la gente que se desnude y que comulgue con la pureza de la nieve;

lo que pasa es que ahí, en realidad, soy precursora de esos grupos de meditación trascendental y de yoga, por ejemplo.

Oye ¿y Nada nadie ha tenido la misma respuesta que *La noche de Tlatelolco* por todo ese contenido político que tiene?

Es que es distinto porque *La noche de Tlatelolco* me ha dado muchas satisfacciones por la posibilidad de estar cerca de los jóvenes. Soy amiga de los jóvenes. No hay eso que se llama *generation gap*, ese precipicio entre dos generaciones; siento que eso es también una cercanía con mis hijos.

¿Y la respuesta fue igual al momento de publicar el libro, que ahora?

Cuando saqué *La noche de Tlatelolco* sí, pero no tanto como ahora. Hubo una respuesta distinta. Cuando se publicó, estaban buscando como a un líder; me invitaban a dar conferencias; querían como que los llevara a la guerra, algo rarísimo...

¿Esperaste alguna vez que se llegara a vender un cuarto de millón de ejemplares de *La noche de Tlatelolco*?

No, porque cuando publicas un libro nunca sabes qué va a suceder; no puedes prever. Un libro es una sorpresa horrible; a veces piensas que un libro va a tener mucho éxito y no lo tiene, por ejemplo, yo toda la vida he pensado que María Luisa Puga tendría muchísimo éxito con *Las posibilidades del odio* y sí lo ha tenido, pero su camino ha sido más lento, como de otro tipo...

¿Para quién escribes?

En primer lugar escribo para una familia espiritual de gentes que sabes que les importas, por ejemplo ahí tienes a mi mamá, que pues luego es mi mamá ¿no?, pero hay personas como Carlos Monsiváis, como Margarita García Flores, como Alicia Trueba, como Rosa Nissan, como Marisol Martín del Campo, como María Luisa Puga, que sé que van a leer con mucho interés lo que yo haga, así como yo lo hago con ellos ¿no? ◇